

Biblioteca Universal de Estudios Sociales

EL PENSAMIENTO DE MALATESTA

por Luigi Fabbri. Un volumen de 240 páginas, 3 ptas.

Esta obra ha sido calurosamente acogida por la crítica y por los lectores, pues, por primera vez, expone de una forma sintética el pensamiento de un brillante pensador que ha sido excesivamente ignorado como tal.

LA ANARQUIA A TRAVES DE LOS TIEMPOS
por M. Nettlau. Un volumen de 350 páginas, 3 ptas.

Es la primera historia responsable de la idea anarquista a través de los tiempos y los países. Su autor es la más reconocida autoridad en la historiografía socialista libertaria. También este libro ha tenido el eco que merecía.

LAS CONFESIONES DE UN REVOLUCIONARIO
por P. J. Proudhon. Un volumen de 280 páginas, 3 ptas.

En este volumen, como igualmente en su *Idea general de la revolución en el siglo XIX*, expone Proudhon la idea anarquista por un documento histórico, es una precisa definición que vale la pena repetir en el estilo enérgico de este gran pensador, cada día más considerado como uno de los socialistas de más provecho constructivo a pesar de su aparente destruccinismo.

LA VIDA DE MALATESTA

por L. Fabbri. Un volumen de 250 páginas, 3 ptas.

Complemento de *El pensamiento de Malatesta* este volumen, obra póstuma del malogrado Luigi Fabbri, muerto el 24 de junio de 1935 en un hospital de Montevideo, está llamado a conquistar vastos círculos de lectores. Es una vida heroica y ejemplar la que en él se describe y no abundan como para dejarla pasar inadvertida.

ETICA

por P. Kropotkin. Un volumen de 300 páginas, 3 ptas.

Agotada la primera edición española, hecha por «Argonauta», en Buenos Aires, acogemos una segunda edición en la Biblioteca Universal de Estudios sociales. Ni la personalidad de Kropotkin hace falta destacarla, ni es preciso referir el valor de su *Etica*.

TIERRA Y LIBERTAD, Unión, 7

Precio: 20 cts.

RICARDO MELLA

Organización, Agitación y Revolución



G.D.H.S. - A.E.P.
Barcelona

201

CUADERNOS DE EDUCACION SOCIAL

RICARDO MELLA

Organización, Agitación y Revolución



005624

EDICIONES «TIERRA Y LIBERTAD»
BARCELONA 1936

C.D.H.S. - A.E.P
Barcelona

cuando os arrancan vuestros hijos para convertirlos en arlequines, mientras se exceptúa a los hijos del «amo» mediante un puñado de dinero? ¿Dudáis de vuestra esclavitud cuando se os concede el del sufragio para que resulte que es el burgués a quien conceden todos vuestros votos? ¿Dudáis aún, cuando supuesto el ejercicio libre de ese derecho, todo lo que podéis hacer es elegir nuevos amos y remachar más y más vuestras cadenas?

En el orden económico dependéis del favor que pueda dispensaros un burgués cualquiera, industrial o agricultor. ¡Y qué caro os cuesta el favor de que os den trabajo! En el orden político, no podéis pensar ni obrar. Si pensáis y obráis alguna vez es por gracia especial.

Pero entonces corréis toda clase de riesgos. ¡Ay de vosotros si pensáis u os manifestáis libres, si hacéis algo que disguste a los «señores»! La religión os predica la mansedumbre, el Estado os la impone por la ley, y el capital, el privilegio de la propiedad, la hace efectiva en todo tiempo y lugar. Vosotros no tenéis otro derecho que obedecer y callar, que el sufrir y el resignarse; sois mecanismos supeditados en todo y por todo a lo que os manden desde lo alto. ¿Queréis esclavitud más degradante?

Y si sois esclavos, si no tenéis personalidad propia, ni libertad, ni derecho, ¿a qué esperáis?

Contra la creciente tiranía del privilegio capitalista, contra el despotismo hipócrita del Estado,

contra la iniquidad de la Iglesia, nuestro deber es rebelarnos, deber imperioso, ineludible para cuantos sientan en sí mismos la chispa abrasadora que enciende en el ser humano la dignidad, la personalidad, la libertad.

Somos hombres y debemos ser libres. Arrojos con fuerza de sus pedestales a los que sobre la ignorancia, la sumisión y la degradación se erigen en soberanos de vidas y haciendas. Rompamos todas las ligaduras y rompámoslas violentamente, lanzando al abismo cuanto perpetúa en la sociedad los privilegios y prerrogativas de los que nos esclavizan. El hombre libre es igual al hombre. Que nadie profane la libertad poniendo la impura mano sobre el derecho de su semejante. Que nadie ose interponerse entre los hombres para reducirlos a la obediencia nuevamente.

Mientras los soberanos de la tierra organizan sus ejércitos, preparan la guerra y lanzan a las naciones en el caos de la destrucción más espantosa; mientras los grandes acaparadores de la riqueza meditan nuevos cálculos de especulación y extienden y propagan la rapiña, preparando la inminencia de la crisis terrible, para que la miseria les libre del terrible enemigo, de la masa hambrienta que aumenta sin cesar; mientras los hombres de la política, de la literatura, del arte y hasta de la ciencia se entretienen en cantar himnos de alabanza a los poderosos; mientras el mundo del privilegio, de la banca, de la usura, se entrega a la orgía de todas

las viles pasiones que lo sostienen, es preciso que nosotros, los esclavos a la moderna, nos lancemos resueltos a la lucha en cerrada falange, introduciendo en las filas de los acomodados el pánico y destruyendo para siempre todo lo que nos reduce a la triste condición de bestias de carga.

No sólo carecemos de libertad; carecemos también de ciencia y de pan; carecemos de cuanto el hombre necesita para desenvolverse holgadamente; se precisa la revolución total, la revolución que nos dé la riqueza, la libertad y la ciencia. Rebelémonos, pues, y expropiemos a los acaparadores de la ciencia, de la libertad y la riqueza. ¡Abajo la propiedad! ¡Abajo el poder político! ¡Abajo el poder religioso! ¡Abajo todos los poderes!

La masa trabajadora, mercancía despreciable para los privilegiados del saber, del poder y de la riqueza; la masa trabajadora, heredera del paria, del ilota, del esclavo y del siervo, debe recobrar su libertad absoluta, emanciparse definitivamente, y para emanciparse es preciso, indispensable, forzoso, necesario, rebelarse. Por rebeliones sucesivas ha progresado el mundo; por rebeliones continuadas se han libertado los hombres, triunfado las ideas, han desaparecido cuantas instituciones estorbaban el libre desenvolvimiento del ser humano. Toda nuestra historia es una rebelión permanente. A pesar de tantos y tantos hábitos de obediencia, a pesar de tantos y tantos siglos de ignorancia, a pesar de tanta y tanta miseria, el hábito, el sentimiento, el poder

de la libertad ha prevalecido en el hombre, y por eso hoy, lo mismo que ayer, y mañana lo mismo que hoy, las sociedades se lanzan a la revolución contra los que las esclavizan, las estrujan y las empobrecen. Nuestro deber es, pues, de todos los momentos. La rebelión es el deber de hoy si no se hizo ayer; es el deber de mañana si no se hace hoy; es el deber de siempre.

Ante el hecho real de la esclavitud no caben distingos, no caben filosofías,¹ no caben dilaciones. Es depresivo sufrirla, conociéndola. Quien se vea esclavo y no sienta la necesidad de rebelarse, o está degradado, o es un cobarde. Ni cobardes ni degradados; nuestro puesto está en las filas de la revolución.

Despertad, pues, los que habéis llevado tanto tiempo rezando, pagando y obedeciendo; despertad los que aun rezáis, pagáis y obedecéis; despertad todos, porque es preciso que todos volvamos por nuestra dignidad, por nuestro rango de seres racionales en la plenitud de nuestras facultades y derechos.

Se nos reduce a esclavos, se nos convierte en instrumentos de destrucción, se nos toma por seides del espionaje más infame, y cuando no servimos para más se llenan los presidios y los hospitales con los restos ya putrefactos de nuestra decrepitud.

Nosotros somos, en último término, los ladrones, los asesinos, los criminales si en un momento de angustia robamos para vivir, si en un momento de extravío herimos en defensa propia; mientras los que roban y acaparan toda la riqueza universal,

los que roban al trabajador hasta el aire que respira, los que nos llevan a que las minas nos sepulten vivos entre sus escombros, los que nos colocan al lado de la máquina que estalla o en el andamio que se hunde, los que matan en flor la actividad de nuestros pequeñuelos, esos son personas dignas de todos los acatamientos, de todos los respetos, de todas las consideraciones. Acabemos de una vez con esa monserga inicua y que cada cual tenga su merecido. Es preciso no dejarse matar en la mina o en la fábrica o en la obra en construcción; es necesario sustraerse a la ferocidad de la guerra y a la infamia del espionaje policíaco; es indispensable no someterse a ser eternamente carne de hospital, de presidio o de lupanar; es urgente recobrar la riqueza, la libertad y la ciencia que se nos usurpa, que se nos roba.

Hombres, mujeres y niños, víctimas todos de la tiranía política, de la tiranía económica y de la tiranía religiosa, nuestro deber es, hoy como ayer y mañana como hoy, rebelarnos, rebelarnos y rebelarnos. O esclavos voluntarios o rebeldes: elegid.

En los momentos actuales, en que muchos trabajadores han despertado al contacto de las ideas revolucionarias, en que ninguno puede ya dudar de la necesidad imperiosa de rebelarse contra el triple despotismo de la autoridad, la propiedad y la religión; en que nadie duda de la injusticia en que vivimos, y si duda es porque ha sido anulado como hombre por el hábito de la esclavitud, urge llegar

a la asociación de las fuerzas para dar pronto, muy pronto, cima a la gran empresa confiada a la clase productora, o mejor, a las masas revolucionarias que pretenden una renovación total del orden existente.

Toda modificación, todo cambio, todo trastorno en el modo de ser de las sociedades es precedido de una fiebre inmensa de propaganda, de difusión de las nuevas ideas. Toda aspiración nueva, todo ideal innovador que se propaga y se enciende por todas partes produce ciertos resultados inmediatos: organización de los elementos partidarios de la reforma, agitación consiguiente y continua de la sociedad en que se vive y finalmente revolución general del orden establecido. El triunfo del nuevo ideal resulta de la organización, la agitación y la revolución promovida por sus partidarios tanto como de la desorganización, la impotencia y la resistencia de sus enemigos.

Un cambio radical de la sociedad procede siempre de causas múltiples, de elementos complejos. La revolución es siempre el momento determinante de ese cambio. La agitación, el prólogo de la batalla. La organización, el primer elemento de vida y de fuerza.

Es, pues, preciso organizarse. ¿Cómo? Como se deben organizar los hombres libres, por el libre pacto, por la asociación. No es preciso que el proletariado en masa se organice, no es necesario que se reúnan muchos miles de obreros. Nunca las revoluciones las han hecho las mayorías.

Si hay que organizarse es para hacer más poderosas las fuerzas, más potentes los elementos de combate. Cada trabajador aislado puede hacer mucho; asociado, puede hacer incomparablemente más.

Esto es evidente. Que los elementos revolucionarios se busquen, se concierten y agiten a la opinión. Cada uno en su taller, entre sus afines, puede y debe propagar la asociación, preparar la agitación, luchar por la revolución. El agricultor, entre los suyos, puede y debe hacer lo mismo. Y unos y otros, en todas partes, a toda hora, con elementos homogéneos o heterogéneos, deben emplear todas sus fuerzas en conquistar adeptos para la causa común, en asociarlos para su mejor aprovechamiento y en lanzarlos a los movimientos procelosos del combate, a las agitaciones del comienzo de la lucha. Es preciso ampliar nuestros trabajos, salir de la propaganda individual, siempre deficiente, y entrar en la conquista de la masa para hacer llegar hasta ella, si no la razón filosófica de los nuevos ideales, por lo menos el sentimiento y la razón revolucionaria que se necesita para que el pueblo se arroje un día decidido a recobrar sus derechos y sus libertades.

Asociación de fuerzas, tal es el trabajo preliminar. Que todos los elementos sinceramente revolucionarios, que todos los hombres que sientan la necesidad de emanciparse, que los trabajadores principalmente, ya que son los esclavos de siempre, se afanen sin descanso ni tregua por llevar a todas partes la idea y el hecho de esta asociación indis-

C.D.H.S.-A.B.P.
B. 10. 1. 1. 1.

pensable para que no quedemos reducidos a un grupo de adoradores platónicos del ideal novísimo.

— Una aspiración común sirve de base a nuestros propósitos: libertad política o de acción; libertad económica y libertad religiosa. Que cada uno pueda gobernarse a sí mismo. Que cada uno pueda entrar en conciertos libres con los demás en cuanto atañe a la producción, al cambio y al consumo, en cuanto se refiere a la industria, a la agricultura, a la ciencia, a todas las manifestaciones de la actividad humana. Que cada uno pueda rendir culto en su conciencia a lo que quiera o como quiera. No más poderes ni más privilegios, no más autoridad constituida, no más monopolio de la riqueza, no más poder religioso. Que la libertad, en toda su extensión, sea nuestro constante ideal.

El trabajador, el asalariado, heredero del paria, del ilota, del esclavo, del siervo, debe ser hombre libre. Que se asocie a los demás trabajadores libremente, que se organice con sus compañeros para la lucha por el interés, por la aspiración común. Puede y debe, aislado, trabajar. Puede y debe asociarse para hacer más fructífero su trabajo. El obrero que permanece indiferente ante este movimiento renovador, el que se resigna a la esclavitud del salario, el que no sigue a sus hermanos en el combate de la nueva idea falta a todos sus deberes como hombre y asimismo se menosprecia y se deprava.

Es preciso que los trabajadores salgan de la degradación en que el salario los acorralla, es necesario

que por un sacudimiento de su dignidad pisoteada hagan cruzar las cadenas que les atan, es urgente que sacudan enérgicamente su organismo y entren de lleno en esta asociación de las fuerzas revolucionarias que por todas partes se extiende poderosa.

Y una vez que éste es el deber del obrero, ya que respondiendo al movimiento de avance actual ha de asociarse para la lucha, no debe reducirse a la monotonía de la organización, creyendo haberlo hecho todo ya, o ha de contentarse con una letanía de palabras que no responden a los hechos. La asociación debe ir seguida siempre de la agitación: agitación por la palabra, por el periódico, por el folleto, por el libro, por la resistencia enérgica, por la acción decidida contra todo lo que nos estorba. La agitación individual, nunca censurable, es, sin embargo, deficiente, es incompleta. La agitación por la asociación, la agitación en masa es mucho más potente. Lo repetiremos: cada trabajador aislado puede hacer mucho, asociado puede hacer incomparablemente más. Que la propaganda y la agitación escrita circule profusamente, que no se reduzca al círculo de los creyentes; que la agitación oral salga del círculo familiar y entre en el mitin, en la aglomeración de las calles y de las plazas; que la resistencia se extreme y se transforme en una enérgica reivindicación; que la acción se lleve a cabo por las masas en los centros industriales y en el campo, promoviendo verdaderos chispazos revolucionarios que preparen el terreno del sacudimiento final. Nada

de doctrinarismo o de exclusivismo. Agitación por todos los medios adecuados, digan lo que quieran las sectas. Organizarse libre y decididamente, dejándose de sutilezas metafísicas. Y organizarse y agitarse para expropiar totalmente a los acaparadores de la libertad, de la riqueza y de la ciencia, organizarse y agitarse para provocar cuanto antes el momento supremo de la Revolución Social.

A la indiferencia acostumbrada que siga la actividad de los hombres libres; a la sumisión en el taller y en el campo que suceda la protesta permanente contra la infamia del salario; a la pasividad exterior que siga la agitación constante contra la coerción autoritaria, contra todo privilegio económico, contra toda irracionalidad religiosa. Nada de parsimonia política, nada de idilios imposibles, nada de transigencias con todo lo antiguo, todo lo decrepito. Ideas y procedimientos nuevos. Hay precisión de sustraerse a todas las influencias de los cantos de sirena burguesa con sus sociedades humanitarias de socorros, de crédito, de auxilios, con sus hospitales y sus cárceles. Hay que renunciar a todo acuerdo con los que nos explotan, con los que nos tiranizan, con los que nos envilecen. Organización y agitación para acabar de una vez con el imperio del robo, del espionaje, de la prostitución, del lupanar de carne humana aglomerada en antros de pestilencia física y moral. Organización y agitación para que la rebeldía parcial de cada instante se convierta en la rebelión definitiva que ha de emanciparnos.

Trabajadores todos, ¡a organizarse! Trabajadores todos, ¡a la organización por la vida, por la dignidad, por la libertad! Trabajadores todos, ¡a rebelarse!

Trátase del deber que los trabajadores tienen en los momentos actuales y trátase, sin duda, de un modo general. No cabe, pues, entrar en el examen de procedimientos distintos, de diferencias doctrinales, de aplicaciones particulares. Fuerza es que el estudio de esos deberes se reduzca a términos amplios, generales y concretos. Que el obrero entienda que entra en sus deberes sociales el de estudiar esas diferencias de procedimientos, esas opiniones doctrinales, esos distintos medios de organización y agitación permanente.

Que el obrero sepa que su primer deber es prestar su esfuerzo en la lucha que el proletariado mantiene con lo existente; que su obligación es asociarse a sus compañeros y agitarse con ellos sin cesar; que su aspiración final, que su deber imperioso es fomentar el espíritu de rebelión y rebelarse él mismo antes cuanto pueda y sepa. El trabajador que conozca estos deberes no se negará, no podrá negarse a contribuir decididamente a la emancipación definitiva de la raza humana, que tal es en conclusión el verdadero ideal revolucionario de nuestros días.

Que sean cumplidos estos deberes con tal o cual bandera es asunto de la competencia individual. Nosotros hemos señalado los fundamentos comunes. Que cada uno obre en consecuencia. Lo primordial es pen-

sar, sentir y obrar con energía en todo lo referente al tremendo problema social.

No es dado negar que la clase trabajadora ha atendido en lo factible a sus deberes, pero ha atendido de un modo en extremo relativo. Es indispensable tener siempre presente el ideal absoluto para proceder en consonancia. El período de iniciación ha pasado. Las evoluciones sucesivas indispensables se han verificado. Detalles de forma, depuración de las ideas y los procedimientos, todo ha sido consumado de acuerdo con los adelantos de los tiempos. Lo esencial, los fundamentos, son indestructibles y prevalecen a través de todos los sacudimientos de las opiniones.

Entramos en una nueva era y hay que cuidar en no caer en defectos y vicios añejos; pero hay también que procurar no entregarse a desvaríos en sentido contrario, que la razón va fácilmente de uno a otro error, sin percatarse de la realidad de las cosas.

Las actitudes de las distintas organizaciones obreras no han sido tan revolucionarias como fuera de desear. Era el fruto de los primeros tiempos. En la transición que se está operando la palabra «revolucionario» se aplica frecuentemente a las mismas actitudes antiguas que bajo nueva forma se nos ofrecen como modificaciones. Son nuestros propios deseos que nos engañan. Es el resultado natural de toda transición. Urge, pues, salir pronto del período de transición para entrar de lleno en una época de verdadera asociación, de verdadera agitación, de verdadera revolución.

Entre el fermento de las nuevas ideas se deslizan siempre los gérmenes de la reacción, los elementos perniciosos de lo existente, y bajo la forma de despreocupaciones acogemos preocupaciones terribles, que son nuestros mayores enemigos. El trabajador ha de prescindir de los vicios sociales que por todas partes lo solicitan para adormecerlo. Ya ha de prescindir, siempre en lo posible, de las influencias mortíferas de un sistema social que es su condenación y anulación como hombre. El tiempo que hubiera de gastar en adormecerse por el vicio burgués debe emplearlo en la propaganda, el estudio y la lucha por sus ideales. Nadie podrá sustraerse en absoluto al medio social en que vive, pero sí puede resistirse a que ese medio social le subyugue y esclavice.

Cuando el obrero pensador, cuando el que siente el hálito vivificante de las nuevas ideas no se siente también sostenido en sus aspiraciones por una actividad continua, entonces se apodera de él la indiferencia y el escepticismo, y es un elemento perdido para la causa revolucionaria. Y como no es posible vivir en perpetua agitación, en continuada rebelión, del mismo modo que no es hacedero sustraerse en absoluto al medio social, es preciso abrir a la actividad diversos horizontes que la encaucen y que la aprovechen. Los organismos revolucionarios perecen o se disuelven frecuentemente a manos de su propia inactividad. Es necesario que las asociaciones, en los momentos en que la agitación sufre treguas forzosas, eviten el marasmo de la inactividad o la gan-

C.D.H.S.-A.E.P.
Revolución

grena del personalismo, estudiando y discutiendo sin prejuicios ni preocupaciones las diversas ideas propagadas, las nuevas hipótesis establecidas, los distintos procedimientos que solicitan las fuerzas revolucionarias. La creación de centros, de ateneos; el fomento de las reuniones públicas y privadas con objetos bien determinados; las relaciones constantes con todos los organismos afines, son medios igualmente adecuados a que la actividad no sea suplantada por decaimiento de los entusiasmos y energías, así individuales como colectivas.

Los esfuerzos del exclusivismo de las sectas por arrastrarnos a uno u otro extremo deben de ser para nosotros rechazados enérgicamente. Necesitamos vivir en constante actividad; ésta sólo puede mantenerse apelando a todos los modos y medios que tiene de manifestarse. Actividad permanente, sobre todo, sin perderse nunca de vista el ideal, sin olvidar que los deberes primordiales de la clase trabajadora son: organización y revolución. Actividad constante sin relegar a segundo término el supremo deber de rebelarse siempre y cuando se pueda, en todo tiempo, lugar y ocasión.

Si los organismos revolucionarios atienden a estas condiciones de su existencia como es debido, fácil será al trabajador cumplir como bueno. Si, por el contrario, esas condiciones son olvidadas, entonces el desdichado esclavo que piensa emanciparse, el hambriento trabajador que combate desesperado contra lo existente verá amortiguarse día tras día aquel

espíritu potente, grande, heroico que provoca y determina las revoluciones, los hechos más notables de la vida humana.

En este período de vacilaciones hay que crearse un medio artificial opuesto al medio social en que vivimos para que, sintiéndonos en parte fuertes en un nuevo modo de existencia más en armonía con nuestros ideales, sintamos también acrecentarse nuestra energía revolucionaria, nuestra actividad demoledora.

Que el trabajador proceda con decisión, con ardor, con valentía en su tarea. Que el trabajador no descanse ni se detenga en sus empeños. Que el trabajador se lance con denuedo a la vida. Es el factor principal de la revolución que se aproxima. Es el elemento más potente de la renovación universal que preconizamos. Es, en medio de la desmoralización creciente de las otras clases sociales, en medio del desorden espantoso que nos rodea, el único que se conserva puro, vigoroso y digno.

Trabajadores todos: vuestro deber es lanzaros sin tardanza a la lucha. Que con vosotros vayan las mujeres, no menos esclavas de la brutalidad burguesa. Que con vosotros vayan vuestros hijos, condenados como vosotros a la esclavitud. Que la agitación penetre en el hogar, en la reunión de amigos, en la plazuela, en la calle, en todas partes. ¡No transijáis con el presente! ¡No más complacencias con el orden tiránico que nos entrega a la ley brutal del más fuerte y del más astuto sin armas de defensa! ¡No más obediencia! ¡No más sumisión!

No soñéis, trabajadores, con vuestra emancipación si todavía halagan vuestros oídos palabras engañosas de una paz imposible entre explotadores y explotados, entre miserables hambrientos y opulentos propietarios del bien común; no soñéis, no, con el día de vuestra felicidad si aun sois bastante crédulos para esperar del tiempo y de la magnanimidad burguesa una solución pacífica que nos restituya lo que continuamente se nos arrebató: riqueza, libertad y ciencia. Todo acuerdo entre nosotros los desheredados y ellos los acaparadores ha de fundarse necesariamente en nuestra sumisión, en nuestra esclavitud voluntaria, en el reconocimiento tácito o expreso de sus privilegios. El tiempo por sí solo nada hace si falta el concurso de los hombres. La magnanimidad burguesa es imposible obtenerla porque nadie es tan poco conservador que renuncie a lo que posee. Soñáis con imposibles si soñáis tal cosa. Soñáis y creéis que el cordero y el lobo pueden entenderse, que el uno puede renunciar a su presa voluntariamente y que el otro puede creerse seguro a su lado. Sois suicidas si tal creéis.

Yo os canto y os ensalzo una revolución que nos emancipe, porque todo progreso, toda renovación del orden social, porque todo cambio, se han verificado siempre por la revolución. Si no basta la realidad abrumadora que lo comprueba, la historia, en último término, lo patentiza de modo irrefutable a vuestra vista; la historia confeccionada por esos mismos que nos explotan, la historia en que sólo han

tomado una parte activa los emancipados de hoy, es la que viene a imponernos la necesidad suprema de esa revolución.

Sí; nosotros preconizamos esa revolución, nosotros trabajamos por que sobrevenga cuanto antes, nosotros nos agitamos uno y otro día para llevar al seno de las masas el espíritu de rebelión, porque sin esa revolución nuestra esclavitud será eterna, nuestra cobardía incalificable, nuestra complacencia un crimen. Venid a nosotros y vamos todos juntos a conquistar la libertad, a recabar lo que se nos roba para que al fin podamos erguirnos noblemente, después de tantos siglos de sumisión.

Sacudid el egoísmo que os hace ver lejano el momento de vuestra emancipación. ¿Quién puede predecir lo que sucederá mañana? ¿Quién puede asegurar que la Revolución Social ha de tardar después de un siglo de mercantilismo y de política constitucional? Dos resortes del sistema imperante se han gastado ya. Las crisis sobrevienen con rapidez vertiginosa. Las guerras se dibujan en el horizonte, próximas a estallar. Las clases dominantes han llegado al máximo de degradación. Todo vacila, todo se tambalea, pronto a caer con horrísono estrépito. De otro lado, la agitación revolucionaria aumenta asombrosamente. Los elementos socialistas pronuncian y acentúan sus protestas y medios de acción. Los hambrientos se ven arrojados a una lucha desesperada. Y los nuevos ideales son ya comunes a todos los países y a todas las razas. ¿Qué falta?

C.D.R.S.-A.H.P.
Barcelona

Un momento no más, un momento propicio a la Revolución; la gran Revolución Social estallará en todas partes a la vez, imponente, amenazadora.

Corred, pues, a uniros con los combatientes; corred a las avanzadas del ejército revolucionario; corred, apresuraos, que el tiempo vuela, que los sucesos se precipitan y que quizá lleguéis tarde.

Siglos y más siglos de esclavitud os hacen vacilar; vuestros hábitos pueden más que vuestra razón. ¡Romped de una vez con el pasado, héroes del porvenir! ¡Romped siempre con la tradición de esclavos y proclamaos hombres libres!

La Revolución Social, pronta, inmediata, requiere vuestro esfuerzo. A combatir, pues; a pelear.

Asociación de fuerzas, agitación permanente, revolución total de lo existente; tal es vuestro deber.

¡A la asociación, trabajadores! ¡A la agitación, obreros! ¡A la Revolución Social, esclavos del presente, parias, ilotas y siervos de siempre! ¡A la Revolución Social, proletarios todos, para reconquistar la libertad, la riqueza y la ciencia!

¡A la Revolución por todo y en todo!

No es posible ya la duda respecto a un mejor estado de la vida social. La humanidad, desenvolviéndose progresivamente, nos suministra la prueba de que caminamos hacia el mejoramiento de las condiciones de la existencia. Apenas se atreven a negarlo los partidos más retrógrados. Los que de más avanzados se precian pretenden contener nuestras legítimas aspiraciones a pretexto de que sólo serán posi-

bles en una sociedad más instruída y mejor preparada para la libertad.

Esto significa que carecen de fuerza y de lógica para combatirnos. La instrucción de que ciertamente carece no sólo el pueblo, sino también gran parte de las clases llamadas directoras, no puede obtenerse sin romper antes todas las ligaduras con que oprimen al hombre las dominantes preocupaciones de la religión y de la política. Mientras el Estado tenga sometida la enseñanza, mientras la Iglesia se introduzca en las escuelas y mientras las condiciones de desigualdad social principalmente no sean destruídas, es imposible que la instrucción se generalice y llegue a todos por igual. Para que sea integral o enciclopédica, lo primero que se necesita es emancipar por completo la enseñanza y facilitar a todos los hombres iguales medios de adquirirla, colocarlos en identidad de condiciones económicas y sociales, lo cual sólo es hacedero después del triunfo definitivo de la anarquía. Por otra parte, los pueblos no pueden prepararse para la libertad si no es ejercitándola, y en tanto cuanto se les prive del más insignificante de sus derechos a pretexto de la incapacidad o de imaginarios peligros podrá adaptarse a la tiranía más o menos poderosa que esto significa, pero no a la libertad que necesita. A menos de acudir a la rebelión, no puede el hombre educarse en la libertad, y esto prueba, en último término, que únicamente en la libertad completa halla aquél su más alta expresión como miembro social.



Soñar con que la evolución se complete en un medio que le es totalmente opuesto es una locura. Para completarse aquélla, lo repetimos, es indispensable modificar antes el medio circundante, provocar la revolución, y entrando entonces en el uso de todos los derechos, consagrar por la práctica y la experiencia el imperio de la libertad.

Es indudable que en el tránsito de una a otra forma se producirán perturbaciones, pero ¿acaso faltan en ningún período de transición? Hoy mismo, después de un siglo de sistema constitucional, las perturbaciones son el pan de cada día. Pasarán, pues, las alteraciones y vaivenes de los primeros tiempos, y la sociedad anarquista entrará en su desarrollo total, sin sacudimientos bruscos ni cataclismos terribles, sin nada de lo que caracteriza a nuestros días, porque no estarán allí presentes para provocarlos ni el principio de autoridad ni el privilegio de la apropiación individual.

Y ¿cómo — se dirá — va a realizarse todo esto?

Después de la revolución, generalizada la propiedad y sometidos a libre uso la tierra y los instrumentos del trabajo, los productores se asociarán conforme a sus fines, sus aptitudes y sus necesidades, y mediante pactos libres procederán a organizar la producción, el cambio, el consumo, la instrucción, la asistencia y cuanto requieran en el nuevo estado social en que se encuentren. La libertad, la más amplia libertad, presidirá la formación de estos organismos, la distribución de los productos y la retribución del tra-

bajo. Cuanto hoy se gasta en mantener ejércitos formidables, iglesias llenas de parásitos y oficinas atedadas de vagos; cuanto hoy se acumula en manos de señorones ociosos y consume el vicio refluirá sobre la sociedad en general y circulará en beneficio común para mejor conllevar el mantenimiento de todas las necesidades y de todos los goces físicos, artísticos, morales y científicos.

No habrá un Estado que mande e inicie, pero habrá millones de iniciativas individuales y cooperativas; y los hombres contratarán libremente, emancipados ya del mandato atentatorio a sus derechos.

¿Dudáis de esto? ¡Pues qué! ¿Acaso no se debe lo mejor de nuestros adelantos a la iniciativa privada? ¡Pues qué! ¿Acaso hace hoy el Estado algo más que estorbar nuestros progresos? ¿Acaso el Estado es el factor de la industria y del comercio? ¿Acaso interviene en los progresos de la ciencia y del arte como no sea para torcerlos y anularlos? ¿Acaso hace algo que no sea perturbar la existencia de multitud de asociaciones que viven fuera de su esfera? El Estado no es médico, ni es mecánico, ni es industrial, ni es comerciante, ni es productor; el Estado no es nada. ¿Para qué sirve, pues?

Creeráse, no obstante, que sin el nudo del Estado se desatarán todas nuestras pasiones y se romperá la unidad de la especie humana. No temáis, no, espíritus preocupados, que tal suceda; no temáis que se alcen los unos contra los otros. «Cual en la Naturaleza, ha dicho Castelar, existen leyes de diver-

sificación que producen los individuos, existen leyes de unificación que producen las especies y colectividades. Cual hay entre las moles del cielo fuerzas centrífugas que a cada cual en sí misma la contienen, y fuerzas centrípetas que las armonizan unas con otras, hay leyes de independencia que reconocen a cada pueblo — y a cada individuo, debiera añadir — su autonomía y leyes de atracción que los juntan en una obra universal humana. Como el espectro solar prueba la unidad del universo material, el sentimiento de la solidaridad prueba la unidad del género humano.» Si no bastan las necesidades individuales y sociales a probar la posibilidad de la anarquía; si no bastan el gran desarrollo industrial que alcanzamos y el nivel superior que intelectualmente hemos conquistado, si no la multitud de ejemplos de sociedades que hoy viven sin autoridad constituida, si no basta todo esto a probar nuestra afirmación, el sentimiento de solidaridad pone fin a todas las observaciones y a todas las dudas.

Dejemos obrar a las leyes naturales. Los individuos y los pueblos son esencialmente autónomos, y esta autonomía rechaza toda autoridad, pues lejos de perderse sin ella en el laberinto de sus pasiones, posibilita la vida armónica de todos los seres, ya que la soberanía de unos ha de ser equilibrada por la de otros; a la manera que las diminutas partículas libres en el espacio encuentran en sus mutuos choques limitaciones también mutuas, y forman por relaciones de afinidad o de atracción otros cuerpos llamados

moléculas, en lugar de destruirse o aniquilarse, toda vez que la ley de conservación excluye la aniquilación, la solidaridad, la atracción, la afinidad, el espíritu de conservación, hacen por lo tanto innegable la asociación voluntaria de todos los hombres.

El principio de autoridad no ha podido durante muchos siglos conseguir el cumplimiento de estas dos leyes. Ni ha consagrado jamás la autonomía individual, ni puede consagrarla. Ni ha conseguido nunca unir en un solo haz a la humanidad entera, ni lo conseguirá. Lo que no ha alcanzado la autoridad lo obtendrá la libertad; lo que no la fuerza, lo conseguirá la voluntad, libre de todas las trabas. Dejád que la libertad y la solidaridad obren en consorcio admirable todos sus prodigios, y veréis cómo sobre esa magnífica mecánica social, la Ciencia, emancipada de las influencias perniciosas del presente, rutinario y preocupado, se desenvolverá ampliamente, alcanzando el grado más alto de su completa organización progresiva, para determinar con la estadística el movimiento económico de los pueblos; con la Higiene, las prescripciones de la salud para el individuo y para el grupo; con la Física, los diversos secretos de los elementos naturales, para que el hombre los explote; con la Química, diversas combinaciones de los mismos elementos para producir lo útil y lo maravilloso; con la Mecánica, los medios de suprimir en el hombre la última partícula de la animalidad primitiva, substituyendo al esfuerzo muscular la fuerza motriz del agua, del aire y de la elec-

tricidad ; que en la magnífica gradación de las verdades científicas puede y debe hallar el hombre cuanto necesita para dirigirse y gobernarse por sí mismo.

Al mandato estúpido de la autoridad, substituirá así el consejo ilustrado de la Ciencia.

Nuestros ideales redentores son de realización inmediata, y la certidumbre de su posibilidad, cosa por demás evidente.

Queremos vivir libres, trabajar los unos para los otros, ayudarnos, fraternizar en el esfuerzo común para el bien universal, luchar juntos para el goce de una vida tranquila donde todos comprendan que lo mejor para cada uno y para los demás, es obrar el bien, practicar el bien y realizar el bien.

En la vida de la humanidad tiene esta próxima evolución una importancia decisiva.

Suprimidos todos los privilegios y todas las autoridades, las pasiones humanas serán menos excitadas, pues que la ambición del poder, el afán de las riquezas, las necesidades de las rebeliones, todo esto habrá desaparecido naturalmente. Los progresos que hasta el día tienen que luchar con la oposición de los poderes y de los intereses creados a la sombra del privilegio, se verán libres de toda traba, de todo obstáculo. Funcionando libremente todas las iniciativas, hallando todos los propósitos expeditos todos los caminos de su realización, nada habrá que perturbe la marcha general de las sociedades.

La anarquía habrá acabado con todas las hecatombes hoy tan comunes. Cada modificación, cada

la acción anarquista. No obstante, se insiste en orientarse de algún modo nuevo y mejor para hacer eficaz la propaganda.

Acaso la dificultad consiste en que siempre razonamos en vista del fin absoluto del ideal y no acertamos a dar sino soluciones definitivas con posible realidad a larga distancia. Las soluciones transitorias se nos escapan por temor al oportunismo y al reformismo. Y, sin embargo, son necesarias. La meta no es lo mismo que el camino a recorrer. Puede ponerse la vista tan lejos como se quiera pero no sin mirar, al propio tiempo, donde se asienta el pie, si no se quiere estar siempre en riesgo de dar con el cuerpo en tierra. Así, el anarquismo viene obligado, hasta por idealismo, a suministrar soluciones prácticas que sean como los indicadores del largo camino que es menester recorrer.

En el hecho de la lucha de clases, que, aunque quisiéramos, no podríamos esquivar, el intervencionismo no es discutible. Es una realidad por encima de todos los distinguos. Y puesto que existe, la solución al problema es sencilla : ensanchar el campo de la lucha, excitar la dignidad personal, el ejercicio de la autonomía y hacerse fuertes contra todos los particularismos que tienen embrutecida a la masa. El espíritu libertario, penetrando poco a poco entre los trabajadores, los hará conscientes de su misión, los «irá haciendo» libres y solidarios. Es preciso darse cuenta de que de golpe y porrazo no vamos a encontrarnos, un día cualquiera, con hombres hechos

C.D.F.S. B.P.

a medida del porvenir, aptos para realizar el contenido de los ideales nuevos. Y es preciso también rendirse a la evidencia de que sin el ejercicio continuo y creciente de las facultades, no se harán hombres libres, o por lo menos en condiciones de serlo tan luego el hecho social cambie la faz de las cosas. La revolución externa y la revolución interna se presuponen y hasta han de ser simultáneas para ser fructíferas.

Hay para los anarquistas, en el intervencionismo, el peligro de ser arrollados en la lucha de clases. Ahora mismo, el afán sindicalista tiene sorbido el seso a muchos de los nuestros, hasta el punto de que no sea el ideal la fuerza directriz, sino la rutina asociacionista y de clase. No es esto, sin embargo, suficiente para que abandonemos un campo tan bien dispuesto para recibir la semilla de los ideales nuevos. La superficial cultura libertaria de algunos y la impulsividad desorientada de otros dará fatalmente aquellos frutos, pero también, a la larga, la obra de saturación del espíritu libertario se hará patente en el seno de las multitudes obreras organizadas, y a la hora precisa, el método anarquista contará por millares los que actúen, aunque sólo cuenten por docenas los adeptos.

C.D.H.S. - A.E.P.
Barcelona

